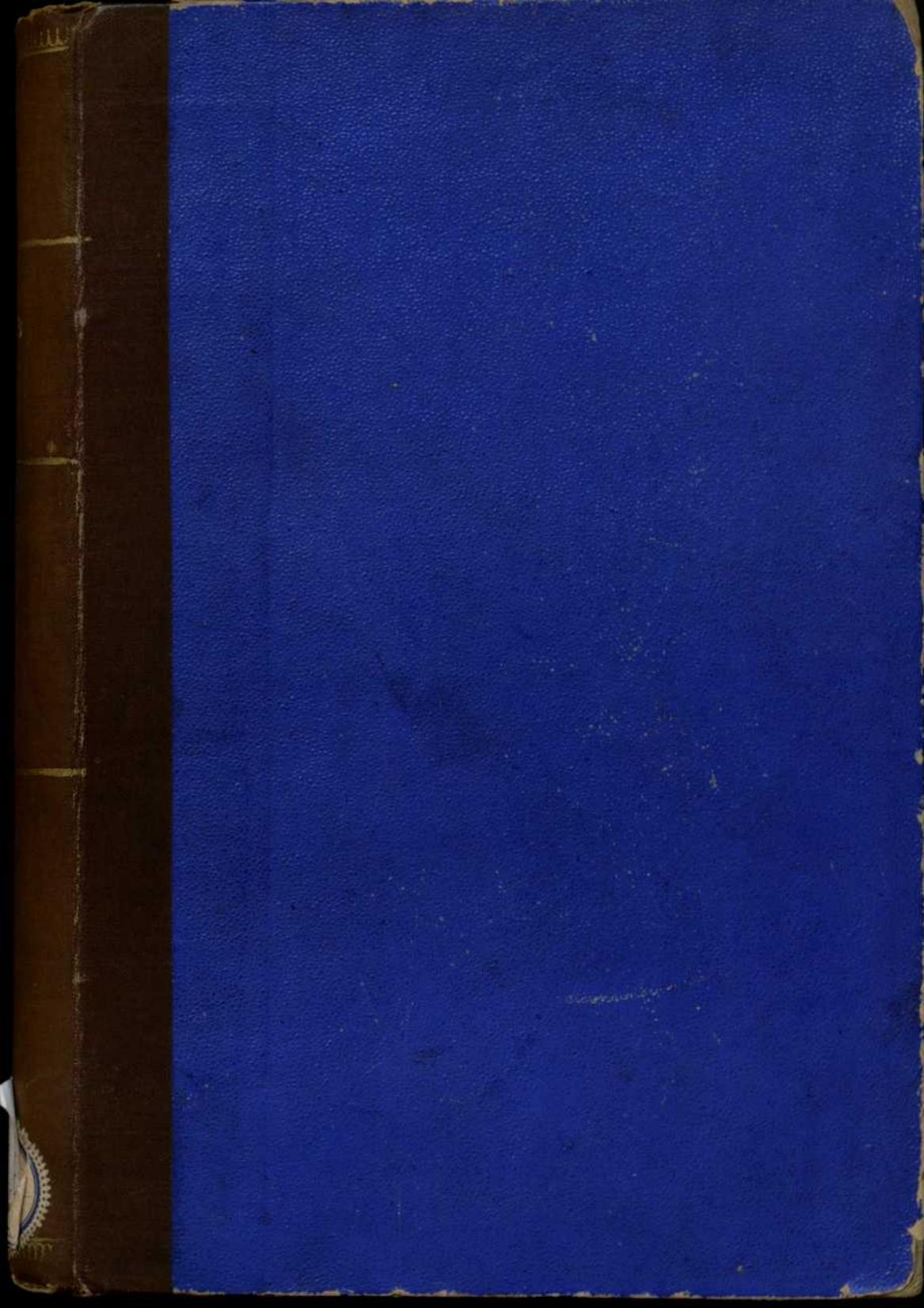


VARIOS

B
11
286



Indonesia, Yogyakarta

| | |
|------------|--------------|
| DATA | B |
| NO. DAFTAR | 32 |
| TANGGAL | 68 |
| LOKASI | |

BIBLIOTECA HOSPITAL REAL
GRANADA

Clase: B
Año: 11
No: 286



~~Indonesian Manuscripts~~

| | |
|--------|---------------|
| Date | B |
| Volume | 32 |
| Page | 68 |
| Number | |

BIBLIOTECA HOSPITAL REAL
GRANADA

Sala:

B

Estante:

11

Número:

286

1872

1872

LA RECONSTRUCCIÓN DE GUAYAMA

(5)

SERMÓN

QUE EN EL ANIVERSARIO DE LA

RECONQUISTA DE GRANADA

PREDICÓ

EN LA SANTA METROPOLITANA IGLESIA CATEDRAL

DE ESTA CIUDAD

EL DÍA 2 DE ENERO DE 1894

EL

RDO. P. FRANCISCO JIMÉNEZ CAMPAÑA

Rector del Colegio de Padres Escolapios de esta capital.

IMPRESO POR ACUERDO Y Á EXPENSAS DEL EXCELENTÍSIMO AYUNTAMIENTO

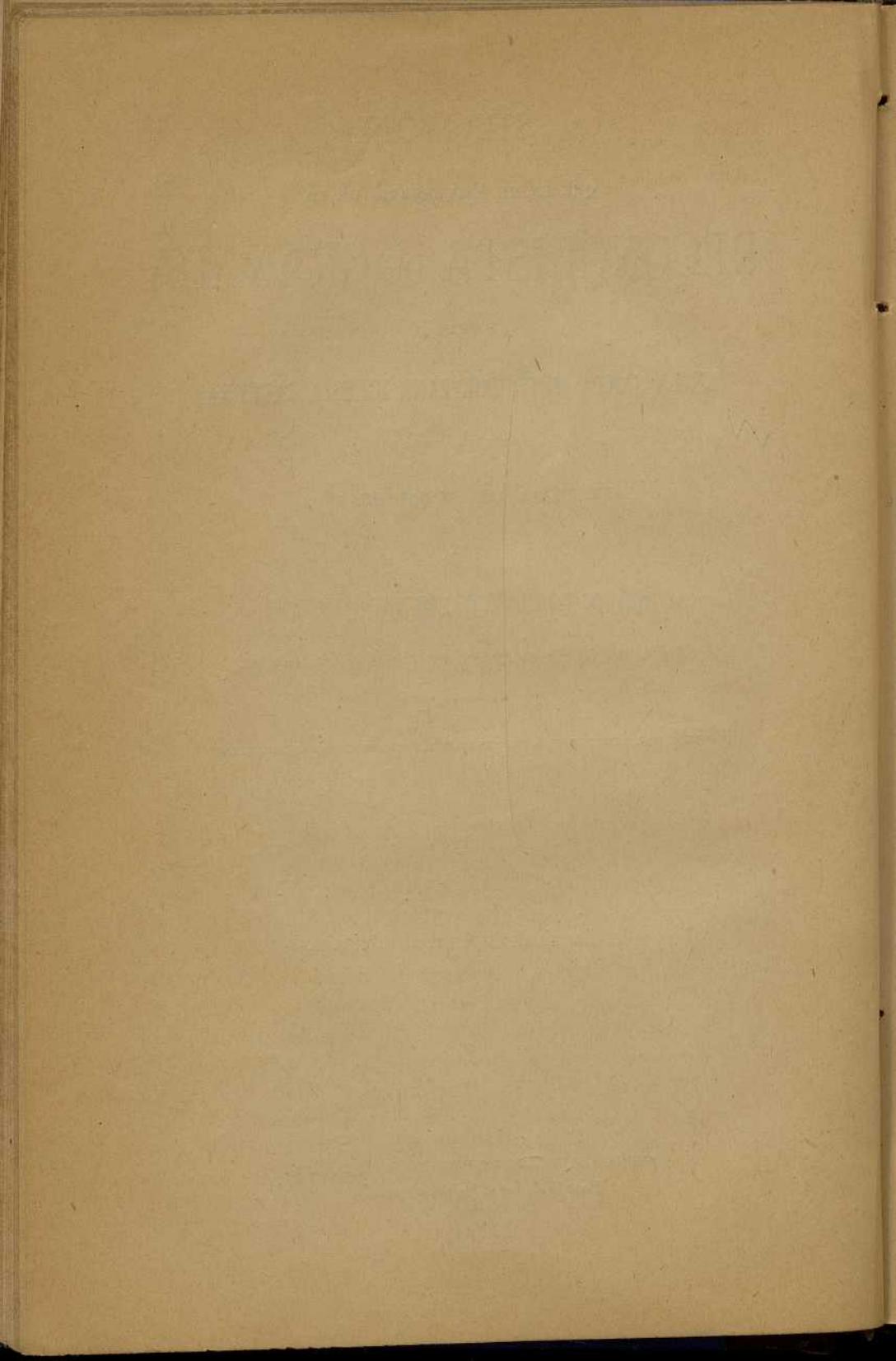
Con licencia de la Autoridad eclesiástica.

MADRID

IMPRENTA DE SAN FRANCISCO DE SALES

Pasaje de la Alhambra, núm. 1.

1894





*Non in multitudine exercitus
victoria belli, sed de caelo fortitudo est.*

No está el vencer en el número
de los ejércitos, sino que del cielo
viene la fortaleza.

(I DE LOS MACABEOS, III, 19.)

EXCMOS. É ILMOS. SRES.:

Granada, tierra bendita regada con sangre de apóstoles; ciudad querida del sol, que te alumbra y te regala con el más blanco de sus rayos; suelo agradecido, que retornas sus halagos al astro del día con el perfume de tus rosas y el canto de los pájaros; ciudad donde las artes buscaron su habitación y los genios soñadores la realidad de sus ensueños; matrona cristiana vestida de fortaleza, purificada en el crisol de los siglos, que con desdichas y persecuciones no te pudieron arrancar la fe; ciudad llorada de los árabes que te robaron, á quienes con tus virtudes hiciste hombres de fieras, y á las veces caballeros de bandidos; reposo y solaz de la gente española, que sólo en ti pudo encontrar respiro descuidado de aquella jornada trabajosa de ocho siglos, en que tenía por descanso la guerra, por gala los arreos de campaña y por mesa de sus festines el bélico atambor de las batallas; sepulcro de tus reyes conquistadores, y más que sepulcro espléndido camarín donde descansan de los trabajos de la guerra, teniendo por guardas veladores de su sueño la gratitud de las ge-

neraciones y la gloria cristiana de sus hazañas; Dios te bendiga, histórica ciudad de los recuerdos ; en vano las desdichas llueven sobre ti, porque, á despecho de la fortuna que te persigue, tú no dejas de ser la ciudad de los Reyes Católicos, y en este día en que te reconquistaron para la Religión y la Patria, olvidas tus penas, te vistes de gala, haces que se extienda por tu vega dilatada el alegre sonido victorioso de la campana de la Vela, y á la sombra de aquella gloriosa enseña de tus príncipes vienes al templo, siguiendo al Municipio, en busca de la Cruz, triunfadora de la Media Luna, para ver abrazadas en un haz, y bendecidas por tu egregio Pastor, la veneranda insignia del Cristianismo y la bandera de la Patria.

Acudimos al templo, sí, Excmos. é Ilmos. Sres., á dar gracias al cielo por tan señalado favor ; porque no viene la victoria de lo numeroso de los ejércitos, ni de lo certero de las flechas, ni de lo recio de los escudos, ni de la briosa agilidad de los corceles, ni de las fieras descargas de las catapultas, sino que baja del cielo la fortaleza para vencer. *Non in multitudine exercitus victoria belli, sed de coelo fortitudo est.* Gigante era Goliat, y de robusto pecho y de nervudas manos, y fué humillado y muerto por un pastorcillo, pues lo venció David. Soberbio ambicioso fué Antíoco, y tomó á Jerusalén y profanó el templo é hizo cautivos de sus armas á los israelitas, y fué derrotado por Judas Macabeo, y aniquilados sus carros de guerra y sus belicosos elefantes, y todos sus generales cubiertos del oprobio de la derrota, cuando más confiaban en la victoria. Poderosa era Roma y señora del mundo, y de ánimo esforzado y acostumbrada á vencer sus numerosas centurias, y en España, pequeña provincia de su Imperio, fueron derrotadas sus águilas imperiales, y sus vistosos minotauros abatidos por las guerrillas de Viriato.

Que á las veces da Dios la fortaleza á los flacos para castigo de los soberbios, y á las veces levanta á los caídos contra los fuertes para premiar la virtud, que en sólo Dios pone su confianza. Medroso será el apocado de fuerzas, y siempre tendrá atadas las manos por su miedo delante de los ejércitos numerosos y de las escuadras soberbias que se pasean por la mar, si no tiene á Dios por escudo que lo defienda ; pero si confía en Dios y manos impías no lo apartan de sus altares, vencerá con la fortaleza del cielo, que seca la mar y desgaja los montes, y hace cambiar de curso á los ríos y tuerce las leyes de la naturaleza en pro de la vir-

tud y de la justicia perseguidas. Porque, ¿ cómo podrán las criaturas contra su Criador, y las cosas criadas por sus manos contra la libertad y el poder con que las crió ? ¿ Ni cómo podrá Dios dejar de amparar á los que se acogen á El, ni dejar sin castigo á los que contra El se revuelven ?

Doctrina es ésta que hemos de ver confirmada sin ningún género de duda en la lección que nos da hoy la Historia con el fin y remate del alárabe poder en nuestra Patria: la cual doctrina voy á condensar en una sola proposición.

La conquista de Granada por los Reyes Católicos es el triunfo completo de la Cruz contra la Media Luna.

Y como del cielo no sólo viene la fortaleza para vencer, sino la luz para discurrir, al cielo la pido por la intercesión de la santa Madre de Dios, saludándola con el ángel.

AVE MARÍA.

Thema ut supra.

EXCMOS. É ILMOS. SEÑORES:

Dios es justo cuando premia, y justo cuando castiga. Dádovoso cuando remunera la moralidad de las naciones, dándoles buenos reyes para su mayor prosperidad y grandeza, y providente cuando manda á los pueblos el azote de príncipes perversos. « Que no se da, — dice San Agustín, — á los malos reyes la potestad de reinar sino por la providencia de Dios, cuando juzga que las cosas humanas son dignas de tales señores. Dios da la felicidad del reino de los cielos á los piadosos, y el reino de la tierra á los piadosos y á los impíos, como place al que ninguna cosa injusta place. El que dió el mando á Mario, ése lo entregó á Cayo César; el que lo dió á Augusto, lo puso en las manos de Nerón; y el que lo entregó al cristiano emperador Constantino, ése mismo lo dió al apóstata Juliano ¹. »

Dios, pues, que estuvo asentado en el trono con Recaredo dando leyes sabias á los godos porque obedecieron á su príncipe, abominando de la pravidad arriana y regalándose con las máximas del Catolicismo, vino del otro lado de los mares y de

¹ *De Civit. Dei*, lib. V, cap. XXI.

los pliegues del Atlas con Muza y Tarik para castigar con los desmanes de la invasión y la ignominia de la esclavitud la torpeza de Rodrigo y las liviandades de sus vasallos.

¡Ay! ¡y quién podrá contar con ánimo sereno la grandeza de aquel estrago! Vencidas traidoramente nuestras huestes y ahogados nuestros capitanes en el turbio Guadalete; amancillado el hogar, ensangrentado el templo, despedazado el alcázar, despreciadas nuestras leyes, hecho liviano harén el santo refugio de las esposas de Cristo, mofadas nuestras costumbres, parecía oírse la voz de Isaías resonando otra vez y anunciando las huestes de Salmanasar y Senaquerib, asoladoras del pueblo de Israel, y diciendo: «El Señor alzará pendón en las naciones lejanas y les dará silbos desde los extremos de la tierra, y he aquí que vendrán ligeras como águilas. Y sonará entonces sobre Israel como estruendo de mar, y tinieblas de tribulación obscurecerán el día ¹.»

Pero como los castigos de Dios son hijos de su amor, porque en Dios la misericordia y la justicia son una cosa misma, aquella invasión á deshora, tanto más desastrosa, cuanto menos esperada, produjo los frutos que debia producir en bien de la nación española. Porque primeramente separó los ánimos esforzados de los flacos y pusilánimes, y reunió en un haz los que no quisieron sufrir el yugo de la esclavitud ni aceptar mercedes ponzoñosas de la arrogancia de los conquistadores, y dejó á los medrosos en el mancillado hogar, y á la innoble ambición de sirva ruin de la Media Luna, y á los codiciosos de desapiadados alcahaleros y cohechadores infames. A los unos puso sobre los riscos de Asturias con las armas en la mano y teniendo por enseña la Cruz, y á los otros dejó en el ocio de los placeres y en el regalo de los favores de los dueños advenedizos, más esclavos con aquellos vínculos de oro que los que rugían, por valerosos y audaces, agitando sus férreas cadenas en hediondos calabozos. Mas no sólo produjo este fruto aquel castigo de Dios, sino otro más principal y de más pingües ganancias, y fué el reconocer en aquellas airadas fustigaciones la mano de Dios, irritado por los delitos, y el volverse á El arrepentidos buscando la gracia y perdón en su rostro. Y Dios se volvió á ellos, apagándose en sus ojos divinos los rayos de su ira y derramándose de sus manos los torrentes de su misericordia. Porque, como se alzara Pelayo en Covadonga

1 Isaías, V, 26 y 30.

ganoso de sacudir la ominosa coyunda, y Alkama viniera sobre él con huestes innumerables, atrevidas y esforzadas por la costumbre de vencer, Dios se puso de parte de los nuestros, y á despecho de las leyes naturalés, las saetas y las piedras arrojadas por los arcos y las hondas de los moros se volvieron contra ellos, declarándose en la hora del combate aliados invencibles de la Cruz contra la Media Luna. Y los riscosos peñascos del Auseba, sintiéndose hollados por plantas invasoras, como suelo indómito de la madre patria, se desgajaron sobre el abismo, arrastrando en su épica caída á los enemigos de sus leyes y de sus hijos.

Donde se ve claro que la voluntad de Dios anduvo más liberal en el premio que fuerte en el castigo; porque en la batalla del Guadalete sólo consintió que se volvieran contra nuestro desdichado rey sus propios vasallos, los cuales, como hombres al fin, fueron de condición falaz y tornadiza; pero en la victoria de Covadonga quiso que se tornaran á nuestro favor los venablos mahometanos, las piedras despedidas por sus máquinas de guerra y hasta los inmuebles riscos de la sierra, los cuales, como cosas inanimadas y sin conciencia de sus actos, sólo por la mano milagrosa del Señor pueden romper el curso de sus leyes y su eterno reposo. *Non in multitudine exercitus victoria belli, sed de coelo fortitudo est.*

Y así fué comenzada aquella lucha homérica de ocho siglos, en que nadie insultó impunemente nuestro nombre sino cuando nos apartábamos del culto de Dios y de la práctica de las virtudes. Así comenzó aquel rudo trabajar de ciclopes y titanes, en el que al golpe centellante de los aceros se reconquistaba la patria perdida, y se iban forjando aquellos caracteres de hierro y aquellos valerosos caballeros, más limpios en su sangre y en su honor que sus espléndidas armaduras de batalla. Así se formaron aquellos héroes, que llegaron con sus hazañas adonde no pudieron llegar los vencidos de las Termópilas y vencedores de Maratón y Salamina. Porque del yunque de los combates salieron Fernán González y el Cid, forjados para la guerra como las águilas para volar contra los vientos; y Jaime I el Conquistador y Fernando III el Santo, que ensancharon dentro y fuera de la península ibérica los mezquinos horizontes de la Patria; y Guzmán el Bueno para sufrir los reveses de la fortuna, que si aportillan su corazón, puesto como antemural de las almenas de Tarifa, no logran desmoronar sus torreones, ni herir uno solo de

sus soldados. ¿Qué importa que fuéramos vencidos en Gormaz, si nos levantamos victoriosos en Caltañazor? ¿Qué importa la derrota de Zalaca, si en Zaragoza nos ceñimos de laureles? ¿Qué el desastroso vencimiento de Alarcos si pusimos á un rey fugitivo, y diezmos sus huestes y dispersamos sus banderas en el glorioso campo de las Navas de Tolosa? ¿Ni qué, en fin, ocho siglos viviendo dentro de la férrea armadura y empuñando la lanza y embrazando el escudo, si de este hervor de victorias y derrotas, de pérdidas y conquistas, de bizarrías y desventuras, salió, como del crisol del tiempo, aquel hermoso corazón de oro, honesto, sufrido, magnánimo, dadivoso y tocado de la sabiduría de los genios y de la audacia de los héroes, que se llamó Isabel I de Castilla?

Pero esta heroína de nuestra epopeya nacional, que elaboraron los siglos en las entrañas de nuestra Historia, como hermoso diamante en las duras vísceras de la sierra, vino acompañada de otros héroes secundarios para dar fin al poderío de la Media Luna. Héroes cristianos vestidos de aquella fortaleza venida del cielo, tan humildes delante de Dios, como aguerridos y bravos delante de sus enemigos. Héroes en los que se juntaron aquellas dos partes que Aristóteles, siendo gentil, dice que deben acompañar á la fortaleza, que es el *acometer* y el *sufrir*, cuyas dos virtudes no fueron vistas de cuerpo entero por ojos humanos hasta que Cristo nuestro Bien acometió la empresa de hacerse hombre, siendo Dios, y sufrió muerte sangrienta, siendo inmortal. En esta fuente del valor y el sufrimiento bebieron los Apóstoles y los mártires para hacer rostro sereno á todas las dificultades y padecimientos, y aquí bebieron los caballeros cristianos, por cuyas venas corría sangre de mártires y cuyos oídos jamás escucharon con atención los consejos del miedo. Vencieron, pues, en las batallas, más empujados por la fortaleza que viene del cielo que alentados por la muchedumbre de sus huestes. *Non in multitudine exercitus victoria belli, sed de coelo fortitudo est.*

Y los que acompañaban á Isabel I de Castilla en la empresa de acabar con los moros en España, apoderándose de esta perla de Occidente que se llama Granada, con tantas asperezas de sierras defendida, descendientes eran de los guerreros vencedores de Almanzor y de aquellos esforzados campeones que á orillas del Salado dieron fin de los indómitos escuadrones de almohades, más numerosos que las hojas de los bosques de donde vi-

nieron. Porque en primer lugar acompañaba á la Reina Católica su esposo D. Fernando V de Aragón, creyente á Dios, si receloso de los hombres, sereno en la pelea, templado en la victoria y mañero piloto para llevar la nave de sus reinos por entre los escollos de los mares políticos de Europa y para poderla salvar de las tempestades levantadas en la Patria por el mal gobierno del cuarto de los Enriques. Y venía Fray Hernando de Talavera, que, en luchas con su humildad y con su reverente amor á la Reina, profetizó la conquista de esta ciudad, de la que después había de ser egregio Pastor. Y Fray Francisco Jiménez de Cisneros, varón en quien Dios reunió las prendas de muchos diversos para componer un hombre solo. Y aquel D. Rodrigo Ponce de León, marqués de Cádiz, llamado por historiadores y poetas *nuevo David*, porque apenas llegados los días de su juventud, cuando aún el bozo no sombreaba su rostro, viéndose cercado de moros, hiriólos primero con su lanza y luego los persiguió con los tiros de su honda en la cobarde huida; y apellidado más tarde *moderno Cid Campeador*, porque, como el expugnador de Valencia, fué rayo de la guerra y terror y espanto de la morisma. Y el cristiano duque de Medinasidonia, que no se contentó con venir al socorro de su antiguo émulo el marqués de Cádiz en el cerco de Alhama y de hacer allí con él las amistades, en las que únicamente fué medianera su magnanimidad en perdonar y socorrer á su enemigo, sino que, en viendo á sus soldados querellarse de los de Rodrigo Ponce de León por los despojos de la victoria, dijo aquellas memorables palabras, que descubren la hidalguía española de sus sentimientos: « Quédense con los despojos aquellos á quienes fortuna se los dió, que nosotros sólo hemos tomado las armas por la honra y por la Religión y por el bien común ¹. »

Y vino aquel D. Alonso de Cárdenas, maestre de Santiago, que en todas las batallas contra los moros dió á entender, con sus acciones de valor y sufrimiento, que había escuchado bien aquellas hermosas palabras que sus reyes y señores Doña Isabel y D. Fernando le hubieron de decir en la catedral de Toledo, con ocasión de entregarle los pendones é insignias de Santiago, en presencia de más de cuatrocientos Comendadores y Caballeros de la Orden: « Maestre, Dios os dé fortaleza contra los moros, enemigos de

¹ Bernáldez, *Historia de los Reyes Católicos*, XLIII.

nuestra santa Fe católica ¹. » Y vino el conde de Cifuentes, nieto de aquel D. Juan de Silva, que en el Concilio general de Basilea, sin miedo ni escrúpulos pusilánimes de cortesía para con la poderosísima Inglaterra, derribó de su asiento al embajador inglés, que pugnaba por tener mejor puesto en el Concilio que la católica España, diciendo á los atónitos espectadores aquella memorable frase, que ojalá nunca se pusiera en olvido en las cuestiones de Estado : « Cuando padece defecto la razón, no deben faltar manos al corazón ². » Y vino el conde de Tendilla, que no sólo hizo barruntar, con su buen gobierno en Alhama y con sus sabias leyes prohibidoras de la licencia y el juego, al futuro Alcaide de la Alhambra y Capitán general del reino granadino, sino que, cautivador más tarde de la hermosa Fátima, llevó con ella hasta el extremo de la virtud del anacoreta las leyes del honor y de la hidalguía, entregándosela á Boabdil llena de regalos y recibiendo espontáneamente por su rescate la libertad de veinte sacerdotes y ciento cincuenta hidalgos castellanos. Y vino don Gonzalo Fernández de Córdoba, que en sus juveniles bríos caballerescos dejaba ya adivinar aquel maestro eximio de la guerra y dechado de capitanes, y espejo donde se vieron pequeños los Colóns y los Pescaras, los Farnesios y los Leyvas. Y vinieron por fin los cristianísimos conquistadores de Lucena y apresadores de Boabdil, el conde de Cabra y el famoso Alcayde de los Donceles ; y el conde de Ureña, cuya piedad y valor celebraron en sus romances los poetas ; y D. Gutierre de Cárdenas, de quien en campo abierto tuvo miedo el Zagal ; y D. Enrique Enriquez, expugnador de Baza ; y Hernán Pérez del Pulgar, ante cuyas hazañas enmudece la fábula y se asombraron los caudillos israelitas ; y Gor, y Benavente, y Portocarrero, y Escalona, y Aguilar, y Estúñiga, y cien y cien más caballeros sobre cuyos hechos gloriosos la mano de la Historia, y sobre cuyos bravos corazones la mano de Dios, levantó aquí un trono de agradecimiento, que respetaran los siglos, para que se asentara en él la egregia é invencible y piadosísima conquistadora de Granada, Doña Isabel I la Católica,

Con toda esta cohorte de guerreros esforzados y de cristianos héroes vino la Reina sobre Granada á dar fin al poder de la Media Luna ; fin deseado por nosotros, esperado por la Europa y an-

¹ Pulgar, *Grónica de los Reyes Católicos*, II, 96.

² Pulgar, *Claros varones de Castilla*.

helado y pedido á Dios por la Iglesia, Madre cariñosa de todos sus hijos. ¿Qué importa el desastroso asalto de Zahara, y las derrotas de Loja y de la Axarquía, si cayó Alhama, sucumbió Aliatar, y con Málaga vino á nuestras manos aquella ciudad querida y regalada del Genil, llamada por lo inexpugnable y por lo hermosa *flor entre espinas* ?

Por fin, rindióse Baza con su príncipe Zidi Hiaya, más que á botes de lanza y á tajos de espada y á fatigas de hambre, ante la magnanimidad de Isabela. Porque como las tropas expugnadoras de aquella plaza comenzaran á carecer de víveres, en medio de los desalientos de la necesidad apareció la Reina Católica, que ya había vendido sus joyas con este fin, con abundancia de vituallas para sus soldados. Las huestes brincaron de alegría y se volvieron locas de entusiasmo, mas que por ver remediada su necesidad, por el generoso desprendimiento de la Reina, á quien llamarían madre, pues los tenía presentes como á hijos. Vistiéronse de fiesta, levantáronse las enseñas y se tremolaron por los aires; caracolearon los corceles, y caudillos y peones alardearon de apuestos y bizarros delante de su señora. Los moros contemplaban desde sus azoteas aquel amor desbordado de los sitiadores para su Reina ; pegóseles el entusiasmo, que es locura alegre y contagiosa, y convirtiéndose por esta vez las lanzas en cañas, sonaron sus atambores, sus pífanos y añafiles, y gallardearon infantes y jinetes delante de Isabela, que fué lo mismo que confesar-se vencidos y sojuzgados. Y de esta manera cayó Baza rendida de amor y de respeto ante aquella magnánima mujer, hermosa imagen de la cristiana misericordia. *Non in multitudine exercitus victoria belli, sed de coelo fortitudo est.*

Rendida Baza, sólo Granada queda en pie como la última gigantesca almena del poderío musulmán. El miedo de la catástrofe y las últimas irritadas esperanzas de la victoria habíanla vuelto á dividir en bandos y se iba á cumplir sobre ella la sentencia del Dios hecho hombre: *omne regnum in se ipsum divisum desolabitur* ¹. « Sobre todo reino dividido vendrá la desolación. » El viejo y venerado mufti ² no sale de la laberíntica mezquita á atajar la marcha triunfal de los reyes conquistadores, porque no le acompaña, ni le puede acompañar aquella divina fortaleza que

¹ Luc., XI, 17.

² Santón, sacerdote de los moros.

impulsó los pasos del Pontífice cristiano, á cuya presencia se derribó Atila de su caballo en las puertas de Roma, amenazada por los bárbaros. Sólo augurando la ruina del poderío de Mahoma en nuestra patria maldice á Boabdil con sibilíticas voces, y de torreón en torreón y de arco en arco llora cantando la pérdida inminente de la ciudad querida. Alzóse Santa Fe, tomando cuerpo en sus muros de piedra las robustas creencias de nuestros padres. Mientras moros y cristianos combaten en la Zubia, los laureles resguardan á Isabela formándole arcos de triunfo, como presagio de la victoria. Pulgar, sin miedo al odio enemigo, que no duerme, clava de noche en la mezquita mora el mote del *Ave Maria*, como tomando posesión del último baluarte musulmico en nombre de la Virgen de Covadonga.

Y llega, por fin, el suspirado día 2 de Enero, día codiciado por espacio de ocho siglos entre las brumas del tiempo y entre las recias tempestades de alta mar, y visto en lontananza como el cercano puerto por espacio de diez años, en que á veces zozobró la nave con síntomas de naufragio. Día providencial en que la Virgen Maria, aún no asumpta á los cielos, vino también en los primeros tiempos del Cristianismo en carne mortal á las orillas del Ebro, como madre que viene en silencio en noche callada á estampar el primer beso sobre la frente dormida del hijo de sus entrañas. Día siempre nuevo en que la sangre española se albo-roza por el triunfo de nuestros padres y da ritmo más precipitado al corazón y miradas más alegres á los ojos; día inmortal, ¡ bendito seas! Vestidos con galas de fiesta sobre las riberas del Genil príncipes y guerreros, obispos y sacerdotes, escuderos y soldados miran pasar al infortunado Boabdil y alejarse y perderse, como la última fatídica sombra de la noche de la invasión sarracena. La hora se acerca, y comienza la impaciencia á apoderarse de los pechos y á levantar en la Reina angustias y recelos. Por fin un grito universal llena los aires, retumba el cañón, pregonando la victoria; los reyes de armas, ondeando los estandartes, gritan en son de conquista: ¡ Santiago! ¡ Santiago! ¡ Granada! ¡ Granada! ¡ Granada por los cristianos reyes D. Fernando V de Aragón y Doña Isabel I de Castilla! Es que la Cruz redentora aparece sobre la torre más alta del moruno alcázar. Monarcas y obispos, magnates y soldados caen de rodillas, dando gracias á Dios con lágrimas y voces. Eran las tres: la hora de nuestra redención en el Calvario; la hora en que Godofredo de Bouillon arrancó el se-

pulcro de Cristo de mano de otros adoradores del falso Profeta; la hora de la libertad de nuestras almas; la hora del triunfo completo de la Cruz sobre la Media Luna.

Bien lo prueban las oraciones que van dirigiendo al cielo más de setecientos cautivos cristianos, que medio desnudos y llevando estampada en su rostro las huellas del hambre y de otros prolongados padecimientos, salen de las negras mazmorras cantando su libertad y alegrando con su vista, aunque tristísima, á sus hermanos y á sus padres, que entre las huestes católicas militaban y los lloraban perdidos.

Bien lo da á entender el pueblo moro, levantado gritos desesperados al alzarse en la Alhambra la Cruz en señal de victoria. No lloran solamente su derrota: lloran el triunfo definitivo de aquella Cruz por ellos perseguida, por ellos aborrecida con odio de raza y de ellos tantas veces triunfadora cuantas fué levantada por manos de la virtud y el heroísmo. Y en estos gemidos estaban diciendo, á despecho de su voluntad, al ejército cristiano aquellas palabras con que Nabucodonosor cantaba las maravillas de Dios obradas delante de él, dirigiéndose á los hebreos: «Verdaderamente que vuestro Dios es Dios de los dioses y Señor de los reyes ¹.»

Verdaderamente, cristianos, nuestro Dios es aquel en cuya mano está, como dice el Sabio ², la potestad de la tierra, y transfirió el reino de una gente en otra ³ por las injusticias y pecados de los hombres. Él quitó el imperio asirio á Sardanápalo, y lo entregó á los sátrapas de la Media y de Babilonia; Él arrancó á los medos su poderío y lo puso en las manos de los persas, y los persas fueron vencidos por Alejandro Magno, que en las orillas del Granico ató aquel Imperio á su carro de triunfo, y á la sombra de los vencidos estandartes paseó la tierra. Y este mismo Dios, que castigó á D. Rodrigo entregando su reino á los árabes rapaces, premia á los piadosos reyes D. Fernando y Doña Isabel, dándoles entera posesión de la perdida patria con la rendición de Granada.

No lloren los hijos de los desiertos arenales del Africa por este paraíso, porque es la rica presa que vuelve á poder de sus antiguos señores. Vinieron los invasores audaces de las laderas del

1 Dan., II.

2 Eccles., X.

3 Dan., II.

Atlas en días aciagos sobre nuestra España, como bajan los buitres de Sierra Nevada á nuestra vega en días de tormenta; pero serenóse el cielo y asomó el sol de Castilla á nuestro horizonte, y todas las rodillas se doblaron, dando gracias á Dios. ¿Qué hacen aquí ya los hijos del desierto, si cumplieron su destino? No lloren por su Alhambra, que no es suya, sino nuestra; porque de los alarifes mozárabes se sirvieron para llevar á cabo sus primoros y maravillas ¹, y sobre tierra de nuestra patria, regada con sangre de cristianos, fué levantada para regalo y esparcimiento de sus reyes sibaritas. Ellos la pusieron al servicio de los placeres, que enervan la virtud, duermen el valor y ofenden á Dios, y nuestra Reina Católica al servicio del genio cristiano, que enardece la caridad, despierta los dormidos bríos y canta las alabanzas del cielo, puesto que bajo sus techos de nácar, y entre sus muros de encaje, dió audiencia á aquel genio nacido sin alas á orillas del toscano mar, y que vino por ellas á esta tierra clásica de la fe para volar y descubrir un Nuevo Mundo.

No lloren los hijos del Islám por lo que perdieron, que no es pérdida volver la hacienda á su dueño. Muéstrennos gratitud por lo que les dimos á ganar, y lloren, eso sí, porque no supieron conservarlo. De nuestros guerreros aprendieron las artes nobles de pelear y la serenidad, que no se atropella en el combate, ni se desalienta en la huida, y de nuestros caballeros se les pegó la hidalguía en el prometer y cumplir ², la generosidad y esplendidez, y hasta la limpieza en los vestidos y la gallardía en los arreos de campaña. Ya todo lo perdieron en cuanto no les dió el sol cristiano de nuestra patria: el valor sereno se convirtió en temeridad para acometer y en miedo sin conciencia para huir; la hidalguía se tornó en astucia de pantera; la generosidad en crueldad; la esplendidez en ruin avaricia, siempre dispuesta á venderse; la gala en desnudez, y son las kabilas del Riff, que se arrastran por los repliegues del Gurugú en acechos y emboscadas fe-

1 Los moros se sirvieron de los cristianos, ya cautivos, ya mozárabes, ya libres, para llevar á cabo los primoros de su famosa Alhambra y no menos famosa Medina Azzahra: para la construcción y ornamentación del suntuoso alcazar de Abderrahman III, este califa hizo venir de Castilla hasta doce mil artífices cristianos. á (Simonet, *Influencia del elemento indígena en la civilización de los moros de Granada.*)

2 Recuérdese la caballerosidad del moro Abindarráez, cumpliéndole á D. Rodrigo de Narváez su promesa de volver á su poder en condición de cautivo de guerra; nobilísima acción celebrada por nuestros poetas y referida extensamente por nuestros historiadores.— (N. del A.)

mentidas, terribles y crueles ante el dormido león, y medrosas y cobardes, cuando el león despierta de su desmayo, sacude la melena, y dando rugidos de furor por las ofensas recibidas se apresta para la lucha.

Yo te reconozco, Pueblo español ; tú iluminas las sombras en que te tienen postrado pasiones soñadoras y malhadadas banderías, y apareces en la presente ocasión rojas de vergüenza las mejillas por la ofensa recibida y con las manos dispuestas al combate. Tú hincas las rodillas delante de Dios y buscas la gracia de su rostro, por la intercesión de su santa Madre, antes de desnudar el victorioso acero: que yo he visto á tus soldados ofreciendo las flores purísimas de nuestros cármenes á aquella excelsa Virgen de las Angustias que Isabel I de Castilla traía retratada en el lienzo de sus banderas, y he visto á las banderas abatidas al pie de sus altares recibir la bendición de nuestro Prelado venerable, que al bendecirlas las rociaba con las lágrimas patrióticas de sus ojos. Yo sé que has levantado una oración al cielo desde el Auseba á Tarifa y desde el Montserrat al ancho Guadalquivir. Tú estás dispuesto á padecer hambre y desnudez para que no padezca infamia la honra de la Patria en las zonas africanas. Tú has sido ahora el héroe de siempre, combatiendo con los enemigos de la Cruz, prodigo de tú sangre, arrojado en la pelea, despreciador de la vida y sin miedo á la muerte. Nunca has contado el número de enemigos para acometerlos, ni has vuelto las espaldas con deshonra. Yo te reconozco, Pueblo español ; tú eres el que levantó la Cruz sobre los riscos de Asturias, y triunfó en Clavijo y Talavera, en Calatrava y Sepúlveda, en los campos de Almuradiel y en la amplia vega granadina. Y ahora, al levantarte de un sueño de abyección y de ignominia, y correr como un hombre solo á las tierras del Magreb en busca del enemigo de tu fe y de tu Patria, estás demostrando, á despecho de la maquiavélica diplomacia europea, que eres el pueblo providencial puesto por Dios, como fronterero del Africa vecina, para atajar la furia de ese encrespado mar de hordas y de tribus que, rugiente por lo soberbio y soberbio por lo fanático, viene de antiguo amenazando á Europa con guerra é invasiones.

Bien hace el pueblo granadino en venir al templo, acaudillado por sus ediles y recibido por su bondadoso Pastor, á dar gracias á Dios por la reconquista de esta ciudad y acabamiento del poderío musulmán en nuestra patria. Bien hizo el Pueblo español en

pedir la ayuda del cielo para alcanzar la victoria en las zonas margrebitas; que no eran los vencidos en el Guadalete de ánimo flojo ni de corazón pusilánime, que eran los vencedores de Atila en los campos Cataláunicos, y sus fuerzas cuatro veces mayores que las de los árabes; pero tenían irritado á Dios con sus pecados, y sufrieron la derrota é invasión por castigo. Al paso que los Reyes Católicos, piadosos y más amigos de la pureza de la Religión que del acrecentamiento y riqueza de sus Estados, fueron remunerados con mano liberal por el Todopoderoso con la reconquista total de la patria. *Non in multitudine exercitus victoria belli, sed de coelo fortitudo est.*

La reconquista, pues, de Granada por los Reyes Católicos es el triunfo completo de la Cruz sobre la Media Luna.

Triunfo en que intervino la mano de Dios de tal manera, que no nos queda sombra de duda de su auxilio soberano; porque recapitulando todo lo dicho para concluir, con tanta misericordia nos castigó cuando fuimos culpables, que la pena fué saludable medicina; y con tanta liberalidad nos premió cuando empezamos á andar por los senderos de la virtud, que estando en la cueva de Covadonga, como Daniel en el lago de los leones, aquellas fieras de la antigua Libia, que nos cercaban, teniendo hambre de nuestras vidas, no nos pudieron devorar; y persistiendo en la voluntad de sacrificarnos, ellos fueron los sacrificados por la ira de Dios, que nos dió aliento sobrehumano en la acometida, y rabia é indignación á los montes insensibles, que perdieron su reposo y se volvieron inestables y agitados, como las ondas de la mar, para sepultar á nuestros enemigos en sus entrañas. Y si quiso Dios que nuestra cautividad tuviera la duración de ocho siglos, no fué por extremar el castigo, sino para que de él saliéramos tan medrados y aquilatados en la fortaleza que no se nos fuera el juicio y nos llenáramos de embaimiento al encontrarnos otra vez dueños de la patria perdida, sino que nos mostráramos humildes y agradecidos, reconociendo en los triunfos de nuestras armas los prodigios de su infinita misericordia.

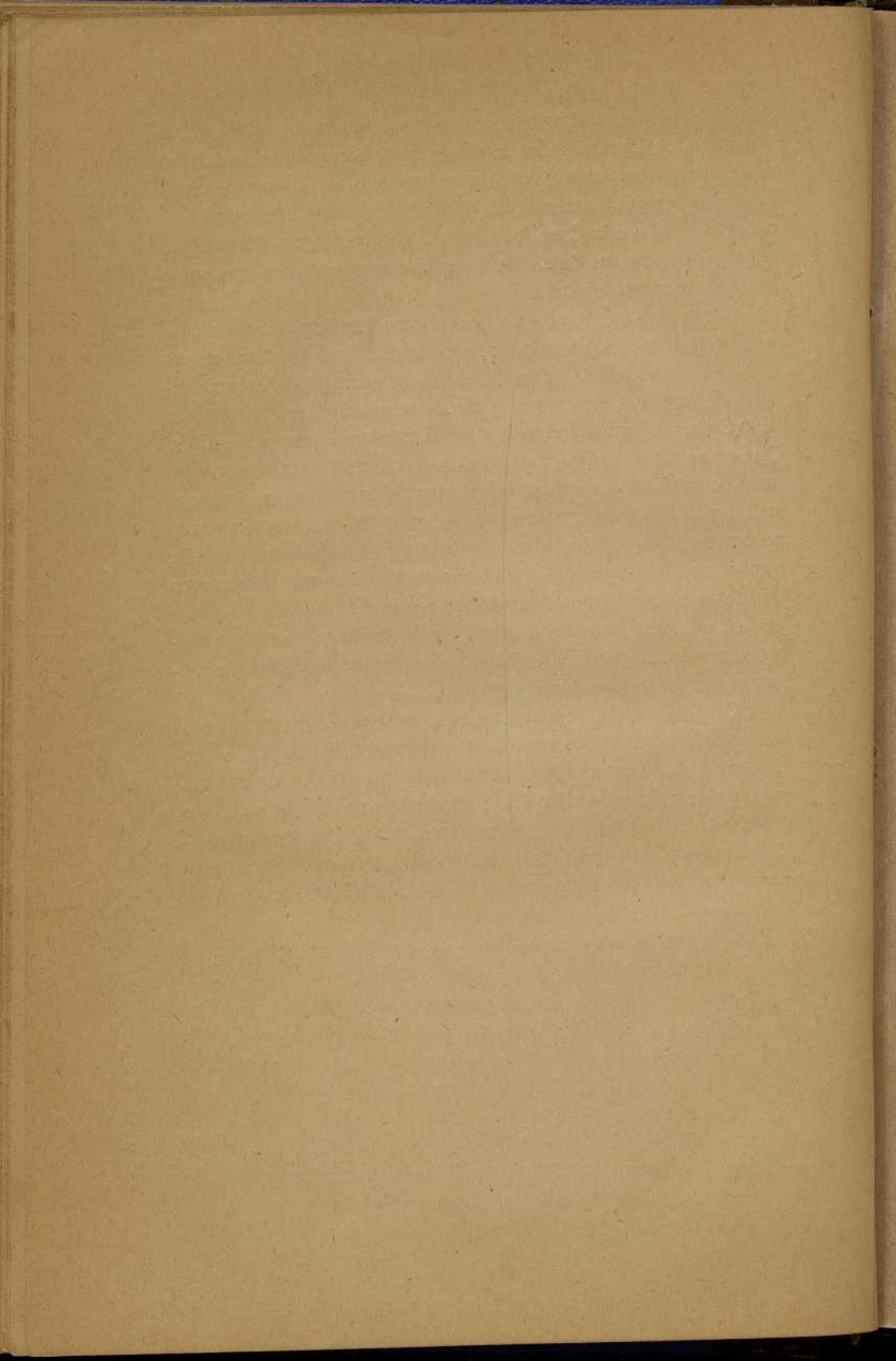
Y así se mostraron de humildes y reconocidos los Reyes Católicos delante de Dios, confesándole único y soberano vencedor, como quien bien sabía cuántos milagros obró su poder en las victorias de sus guerreros y de sus leyes. Y esta herencia legaron á las generaciones granadinas para que dure tanto la gratitud cuanto dure el beneficio de la retribución de la Patria, ó mejor

aún, para que dure el beneficio de la reconquista, mientras exista la gratitud : que aún no ha cesado el mar de encrespar sus ondas ni de ordenarlas, como huestes acometedoras, en son de combate para invadir la tierra ; ni el islamismo tiene apagado en el corazón el odio á la Cruz, ni deja de aprestar sus armas, ni de ordenar sus iras, ni de ensayar sus fuerzas para invadir el suelo sagrado de nuestra Patria.

Yo me huelgo, pues, viendo á nuestro Municipio, rodeado de las demás dignísimas autoridades, en el templo del Señor, que es templo de la victoria, confesar delante del egregio Pastor sapientísimo de nuestras almas y á la faz del mundo entero la fortaleza de la Cruz, reconquistándonos el perdido solar de nuestros padres. Que no se ría la impiedad de nuestras creencias, dando al olvido que la constitución de nuestra monarquía fué engendrada por la virtud y el heroísmo; porque de todas partes se levantarán monumentos, como otros tantos viejos testigos, para demostrárselo; y nosotros, para concluir, le diremos con Salustio que es suprema ley de la historia que la conservación de los Imperios se ha de llevar á cabo con aquellas mismas nobilísimas artes con que fueron formados para la vida. *Nam imperium facile bis artibus retinetur, quibus initium partum est* ¹.

¡ Oh Cruz ! ¡ Oh redentora Cruz, enseña de nuestras huestes, escudo en nuestros combates, pregonera de nuestras victorias, sello de nuestras leyes, simbolo de nuestra fe y única esperanza de la salvación de España, que puesto que contigo se formó, contigo ha de ser redimida, sigue triunfando de los enemigos de Dios, porque así triunfarás de los enemigos de nuestras almas y nos conquistarás la eterna patria de los cielos ! Amén.

¹ Salustio, *De conjuratione Catilinae*.



(6)
A D. Juan de la Cruz
Alonso, de la Orden de San Juan
El Autor

LAS TRES GRANDES LUCES,

LOS TRES SÍMBOLOS

Y LAS TRES VIRTUDES TEOLÓGICAS DE LA MASONERÍA.

